

Rey de la democracia



Victoria Camps

Francesc de Carreras

José Luis García Delgado

Javier Gomá

Juan Francisco Fuentes

Santos Juliá

José-Carlos Mainer

Charles Powell

Fernando Puell

Mario Vargas Llosa

Rey de la democracia

Victoria Camps, Francesc de Carreras,
Javier Gomá, Juan Francisco Fuentes, Santos Juliá,
José-Carlos Mainer, Charles Powell,
Fernando Puell y Mario Vargas Llosa

José Luis García Delgado (ed.)

También disponible en ebook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril 2017

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación:
Depósito legal: B. 4035-2017
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-18-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Preliminar. RAZONES DE UN TÍTULO.

<i>José Luis García Delgado</i>	11
---	----

1. JUAN CARLOS DE BORBÓN, ADOLFO SUÁREZ Y FELIPE GONZÁLEZ. EL PAPEL DE UNA GENERACIÓN.

<i>Juan Francisco Fuentes</i>	15
Conciencia y compromiso	17
Una red de relaciones personales	21
La Transición como proyecto generacional.	26
Balance histórico de una generación.	35

2. Y LA MONARQUÍA ENCONTRÓ, POR FIN, A LA DEMOCRACIA.

<i>Santos Juliá</i>	41
Hacer la experiencia monárquica	42
Entre restauración e instauración	48
Cuando el Caudillo falte	60
La democracia ha comenzado	69

3. UN DEMÓCRATA CERCADO POR FRANCO Y LIBERADO POR LA CONSTITUCIÓN.

<i>Francesc de Carreras</i>	79
¿El Estado franquista fue un reino?	81
El Príncipe cercado	85
Navegando en aguas turbulentas: el Rey de la Transición política	90

El Rey de la Constitución	96
Claves básicas de la Monarquía parlamentaria	98
Un rey democrático pero no elegido: el estatus de la Corona	103
Un rey sin poderes...	106
... pero con funciones y deberes	108
De la utilidad de las monarquías	111
4. UN REY CON SÓLIDA FORMACIÓN MILITAR.	
<i>Fernando Puell de la Villa</i>	115
Los albaceas del franquismo.	117
El Ejército en 1975.	122
El papel militar del Rey al inicio de la Transición	126
Ante los primeros conatos de involucionismo castrense	129
La prueba de fuego del 23-F	133
La modernización de las Fuerzas Armadas	139
Coda	145
5. EL PRIMER EMBAJADOR DE LA DEMOCRACIA: DON JUAN CARLOS Y LA PROYECCIÓN EXTERIOR DE ESPAÑA.	
<i>Charles Powell</i>	147
Los años de aprendizaje exterior	149
La normalización exterior de España (y de la Monarquía)	159
Europa, de sueño a realidad	163
La singularidad iberoamericana	171
Las monarquías de Marruecos y Oriente Medio	174
La acción exterior del Rey de una monarquía parlamentaria	176
Un final de reinado inesperado: de la polarización a la abdicación	187
A modo de conclusión: don Juan Carlos y la Monarquía en la acción exterior de España	192
6. UN IMPORTANTE LEGADO CULTURAL: INNOVACIÓN Y CONTINUIDAD.	
<i>José-Carlos Mainer</i>	197
Transiciones de distinto ritmo	198
Esperando otra cosa: tiempo de cambios y retornos	200
En primera línea: la legitimación retrospectiva	202

Cultura de mercado, cultura de Estado.	206
Conflictos y continuidad	210
Reconocimiento de la excelencia	214
El Rey y el deporte	216
En el Instituto Cervantes y otras fundaciones	217
Coda	221
7. DE SÚBDITOS A CIUDADANOS.	
<i>Victoria Camps</i>	223
El Estado social de Derecho	224
Ciudadanos libres e iguales	227
La institución monárquica, una apuesta eficaz	233
Nueva ciudadanía, ¿nuevos hábitos?	236
8. TARDE PERO BIEN. LA VARIANTE ESPAÑOLA DE LA MODERNIZACIÓN.	
<i>Javier Gomá Lanzón</i>	241
Necesidad de un rodeo.	242
Modernización	244
Variante española.	248
Tarde pero bien	255
Larga normalización, años finales, relevo	259
Epílogo. UN ACTO DE JUSTICIA.	
<i>Mario Vargas Llosa</i>	265
Bibliografía general	271
Acrónimos.	281
Índice de autores	283
Índice onomástico	287

PRELIMINAR

Razones de un título

José Luis García Delgado

No siempre se han podido juntar los dos sustantivos que dan nombre a este libro. Por fortuna, en la España que desde el último cuarto del siglo xx deja atrás una alargada experiencia dictatorial, ambos han ido de la mano. Titular de la Corona y régimen de libertades han convergido: el primero contribuyó decisivamente al tránsito de una a otra época, presidiendo después el curso de los acontecimientos en un país renovado, y el afianzamiento de la democracia ha sido factor determinante para la legitimación social de quien asume la máxima responsabilidad del Estado. De un Estado cuya «forma política» será, consecuentemente, la «Monarquía parlamentaria», según proclama el artículo 1 de la Constitución española de 1978. Un logrado cruce de destinos, podría decirse. La obra que abren estas líneas lo demuestra.

Producto académico a partir de un impulso cívico que no sólo ha respetado sino también exigido independencia intelectual, responde a una doble percepción. Primera, que no pocas actuaciones con trascendencia histórica en las que don Juan Carlos de Borbón ha participado activamente, antes y durante su reinado, han sido relegadas, cuando no desdibujadas, por el paso de los años en la conciencia de los españoles; segunda, el riesgo de que al enjuiciar el papel histórico del hoy Rey emérito acabe pesando más lo anecdótico que lo fundamental, lo menor que lo mayor, o lo privado frente a lo público. De ahí que se hayan seleccionado como objeto de estudio en las páginas que siguen aquellos ámbitos de actividad que reúnen dos condiciones: relevancia para el interés general y acreditadas contribuciones en cada caso de quien se erige como protagonista. No se pretende un tratamiento sistemático; más bien se buscan complementariedades (que conllevan en

algún caso referencias repetidas a pasajes que son significativos desde distintos ángulos de observación). Sin perseguir, por supuesto, la exhaustividad, el propósito ha sido captar lo más importante. Y sin desconocer lo más problemático o discutible, se hace hincapié en lo que resulta más sobresaliente. Sólo a la libertad y a la verdad debe ser fiel el escritor, dijo alguna vez Albert Camus; los autores de esta obra lo han tenido muy presente.

Todos ellos —quienes firman los sucesivos estudios aquí reunidos— tienen un bien ganado prestigio en sus respectivos campos de especialidad. Todos ellos, además, han dado sobradas pruebas de rigor analítico y valorativo, en general, y particularmente cuando se han referido a la institución monárquica. La suma de ambos factores otorga, por eso, mayor valor y consistencia a lo que aquí se ofrece. Son ocho ensayos originales, expresamente elaborados para esta ocasión, seguidos del epílogo en el que Mario Vargas Llosa retoma el breve texto que en su momento le suscitó la abdicación de Juan Carlos I. Una autoría plural unida por el compartido anhelo de conocer mejor un pasado que puede alimentar nuestra autoestima para mejor ganar el tiempo que viene.

*

No deben entrar estas líneas introductorias en ninguno de los campos acotados en los sucesivos capítulos que contiene la obra. Me permitirá únicamente apuntar que, en la evolución de la economía española durante las casi cuatro décadas que suma el reinado, los dos hechos más sobresalientes están estrechamente relacionados con la Corona y con la actuación de su titular. Por una parte, la estabilidad; por otra, la apertura exterior y la internacionalización de nuestro tejido empresarial.

En tanto que vector de integración y garantía de continuidad, la Corona ha sido soporte básico de la estabilidad institucional, y esta ha repercutido virtuosamente sobre la estabilidad económica (también social). Y en economía, la estabilidad es condición necesaria para el progreso duradero en tanto que aporta confianza, el mejor lubricante de tratos y contratos, de decisiones inversoras y de proyectos de empresa. La estabilidad, a su vez, no es ajena a la apertura exterior de España, que ha ganado interlocución con multiplicados países y pre-

sencia apreciada en foros y organismos plurinacionales. La economía española, desde luego, se ha insertado plenamente en el mercado mundial, alcanzando de paso un alto grado de internacionalización empresarial, acaso su rasgo más distintivo, por fecundo, desde el final del decenio de 1980, un logro que ha encontrado firme apoyo y colaboración activa en el Rey. También desde la perspectiva económica, en suma, hay razones para el juicio netamente favorable.

*

Volvamos al principio. En una Europa que desde la segunda mitad del siglo xx ha conocido una combinación inédita de paz, libertad y prosperidad –así lo expresa Tony Judt–, España no ha dejado de aprovechar su parte alícuota, participando plenamente desde el final de la dictadura en el avance conjunto por la senda de los derechos y las libertades individuales, del crecimiento económico y de la protección social. El reinado de Juan Carlos I ha sido el marco en el que se ha desplegado esa encomiable interacción, y el Rey no ha sido un mero testigo. La severidad de la crisis que enmarca el final del reinado y las circunstancias que lo rodearon, desembocando en un relevo –admirable, por lo demás–, no pueden velar el legado positivo que, desde uno y otro plano, se nos ha dejado.

Madrid, enero de 2017

Juan Carlos de Borbón,
Adolfo Suárez y Felipe González.
El papel de una generación
Juan Francisco Fuentes

«Una nueva generación reclama el papel protagonista, el mismo que le correspondió a la mía.»

Mensaje de abdicación de Juan Carlos I,
2 de junio de 2014

Juan Carlos de Borbón y Borbón nació el 5 de junio de 1938 en Roma, donde residía la familia real española desde su salida de España en abril de 1931, al proclamarse la Segunda República. Su padre, don Juan de Borbón y Battenberg, se convirtió en titular de los derechos dinásticos en enero de 1941, tras la renuncia de Alfonso XIII un mes antes de su muerte, también en Roma, el 28 de febrero de aquel año. A partir de aquel momento, la biografía de don Juan de Borbón, que adoptó el título de conde de Barcelona, estará permanentemente marcada por su propósito de volver a España como rey lo antes posible y por la negativa de Franco a renunciar a la jefatura del Estado y llevar a cabo la restauración de la Monarquía en la persona del pretendiente. Un conflicto de intereses, por la imposibilidad de compatibilizar las aspiraciones de ambos, que se agravó —como se detallará más adelante en esta misma obra— a partir de la publicación el 19 de marzo de 1945 del Manifiesto de Lausana, firmado por don Juan en la ciudad suiza a la que había trasladado su residencia tres años antes. Ya no era tan sólo un problema de plazos sobre el momento de restaurar la Monarquía, sino de la naturaleza misma de la propia institución, que en el célebre manifiesto adquiría un perfil conciliador y hasta liberal. Franco puso el grito en el cielo: el programa contenido en la declaración de don Juan era «idéntico al de [la] República».

Así se lo decía él mismo en un telegrama que le remitió poco después en respuesta a su manifiesto.

El hijo mayor del pretendiente, don Juan Carlos de Borbón, vivió aquel episodio con siete años y alejado de España, primero en Suiza, luego en Estoril. Las relaciones entre el dictador y su padre condicionaron su vida durante largos años y le colocaron a él mismo, en más de una ocasión, entre la espada y la pared. En 1947 se aprobaba la Ley de Sucesión, que dejaba en manos del dictador el momento de la restauración monárquica –previsiblemente después de su muerte– y el nombre de la persona que debía sucederle en la jefatura del Estado. La Ley de Sucesión suponía una grave amenaza a los derechos al trono de don Juan y de su primogénito, supeditados al arbitrio del dictador. Todo pareció cambiar, sin embargo, un año después, en el verano de 1948, tras la entrevista celebrada por Franco y don Juan en el yate *Azor*, frente a la costa guipuzcoana, y el acuerdo alcanzado entre ellos, en virtud del cual don Juan Carlos vendría a España a educarse bajo la tutela del jefe del Estado, quien a su vez se comprometía a favorecer la propaganda monárquica y a reducir la hostilidad hacia la institución en los medios oficiales. Casi simultáneamente, representantes de don Juan y del PSOE firmaban en San Juan de Luz un pacto de gran trascendencia política para la restauración de una monarquía representativa que hiciera posible la reconciliación nacional. Pero la entrevista en el *Azor* convertía aquel acuerdo en papel mojado y avivaba los viejos prejuicios de los socialistas hacia los monárquicos, a los que consideraban artífices de un gran engaño. Pese a ello, el fracaso del Pacto de San Juan de Luz no cambió en lo sustancial la visión de los principales dirigentes del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) sobre el futuro de España. «La ruta republicana es una vía muerta», le dirá a finales de 1948 Luis Jiménez de Asúa, ponente de la Constitución de 1931, a Indalecio Prieto,¹ que unos meses después confesaba en una carta cuál era su mayor inquietud en aquel momento: «A mí el que me importa es ese niño», escribía refiriéndose al hijo mayor de don Juan.²

1. Carta de Luis Jiménez de Asúa a Indalecio Prieto, Buenos Aires, 12 de diciembre de 1948, Fundación Pablo Iglesias-Archivo Luis Jiménez de Asúa, sign. 419-438.

2. Cit. en Fernando de Meer, *Juan de Borbón: Un hombre solo (1941-1948)*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2011, p. 316.

CONCIENCIA Y COMPROMISO

El 9 de noviembre de 1948 llegaba a Madrid el futuro rey, en cumplimiento del pacto entre Franco y su padre, para proseguir sus estudios en España. Para ello, se improvisó un colegio en la finca de Las Jarillas, propiedad de Alfonso de Urquijo, situada a 17 kilómetros al norte de la capital, y se organizó un pequeño grupo de colegiales de su edad, desde Jaime Carvajal y Urquijo hasta José Luis Leal, futuro ministro de Economía en la Transición, reclutados personalmente por don Juan entre familias conocidas. Aquel grupo de muchachos de entre nueve y diez años podría verse como el embrión de una generación que habría de tener con el paso del tiempo una influencia decisiva en la historia de España. Es muy posible que en aquel ambiente, alejado de su familia y sometido a la autoridad de sus nuevos profesores, el joven Juan Carlos adquiriera una conciencia generacional que siempre le acompañó como rey. A un lado, estaban sus padres, sus profesores, el propio Franco, que seguía de cerca sus primeros pasos en España; al otro, los chicos de su edad, que inconscientemente desarrollaron un compañerismo primario como una forma de protegerse de los mayores. Los sucesos de los años treinta –derrocamiento de la Monarquía, Segunda República, Guerra Civil– formaban parte esencial de la memoria de las generaciones anteriores, pero para aquellos muchachos nacidos en torno a 1940 constituían una etapa ajena a su experiencia y a sus intereses juveniles. Esta circunstancia, más un rechazo instintivo a Falange –todos ellos pertenecían a familias monárquicas–, podrían explicar las dificultades que tuvieron Juan Carlos y sus compañeros para aprobar la asignatura de Formación del Espíritu Nacional. Según le contó él mismo, muchos años después, al ministro José Bono, ninguno de ellos se sabía la letra del *Cara al Sol*, que fue la pregunta que les tocó en suerte al examinarse de la asignatura, y él además confundió la bandera falangista con la republicana.

Don Juan se sintió muy pronto decepcionado por los resultados del pacto del Azor. No se apreciaba en absoluto un cambio de actitud del régimen hacia la causa monárquica, mientras la educación del Príncipe se dirigía cada vez más desde El Pardo y menos desde Estoril, donde residían sus padres. Tras acabar el bachillerato, Franco se opuso a que continuara sus estudios en Salamanca, por temor a la posible influen-

cia del profesor Enrique Tierno Galván, o en la Universidad Católica de Lovaina, como era deseo del conde de Barcelona, y decidió que ingresara como cadete en la Academia General Militar de Zaragoza. Los hechos venían, pues, a dar la razón a la reina Victoria Eugenia, abuela del Príncipe, cuando en una carta particular escrita en 1948 había atribuido a Franco «la idea de apoderarse de mi nieto».³

Pasaron muchas cosas en los años siguientes hasta que en 1969 el dictador decidió resolver el enigma sobre su sucesión. Juan Carlos de Borbón había aprendido a moverse con cautela en las estructuras de un régimen que no acababa de fiarse de él y de su familia. Él mismo lo pudo comprobar en aquellas ocasiones en que grupos de falangistas le expresaron su animadversión con gritos y canciones contra la dinastía. Puede que exagere Laureano López Rodó al afirmar en sus memorias que José Solís Ruiz, uno de los ministros favoritos de Franco, alentaba una solución republicana al problema sucesorio, pero es indudable que la Monarquía contaba con pocos adeptos en los ambientes oficiales y que un sector de la clase política del régimen se inclinaba por una especie de tercera vía definida como *regencialismo*. Ésa era al parecer la apuesta del propio Solís, que pretendía aprovechar la tardanza de Franco en nombrar sucesor para boicotear una futura restauración monárquica. Se entiende que don Juan Carlos, sin duda el mejor colocado para encarnarla, buscara apoyos para contrarrestar a sus adversarios y que intentara vertebrar un grupo, por pequeño que fuera, de incondicionales a su causa. De ahí la importancia de su primer encuentro con Adolfo Suárez, a principios de 1969, y el rápido entendimiento que existió entre ellos.

Cuando se conocieron en Segovia el 7 de enero de aquel año, Suárez era gobernador civil de la provincia y andaba ya pergeñando planes para el futuro. Su juventud, su simpatía personal y su optimismo contagioso cautivaron inmediatamente al Príncipe, acostumbrado a tratar con gente mucho mayor que él, incluso en su entorno más cercano y favorable, compuesto por personas como Alfonso Armada, el marqués de Mondéjar o Torcuato Fernández-Miranda, pertenecientes a las generaciones que habían participado en la Guerra Civil. Suárez y

3. Carta de la reina Victoria Eugenia al conde de los Andes, Lausana, 26 de septiembre de 1948, Archivo General de la Universidad de Navarra-Archivo Conde de los Andes, sign. 060/004/344-6.

él, en cambio, tenían una edad parecida –treinta y seis y treinta y un años, respectivamente– y la necesidad de superar traumas familiares que guardaban una estrecha relación con la reciente historia de España. Mientras el gobernador civil conocía de primera mano las consecuencias de la guerra por la persecución sufrida por su padre y su abuelo, ambos republicanos, el Príncipe había tardado diez años en venir por primera vez a España y tenía que vivir separado de su familia, todo ello como consecuencia del derrocamiento de la Monarquía en 1931 y del recelo que la dinastía provocaba en el régimen nacido de la Guerra Civil. Cumplidos en enero de 1968 los treinta años –la edad mínima fijada por la Ley de Sucesión para ejercer la jefatura del Estado como rey o regente–, don Juan Carlos veía con preocupación la tardanza de Franco en resolver la cuestión sucesoria y las ataduras que, en caso de ser designado sucesor, supondría para él jurar las Leyes Fundamentales del régimen. Suárez, sin embargo, creía que aquel embrollo jurídico-político tenía solución, y de ahí la «hoja de ruta» que le habría propuesto al Príncipe, de palabra o por escrito, como forma de soslayar los múltiples obstáculos que se interponían en su deseo de llegar a ser rey de una monarquía de tipo europeo. De momento, había que conseguir que fuera propuesto sucesor de Franco a título de rey y que las Cortes aprobaran su nombramiento, como efectivamente ocurrió el 22 de julio de 1969. Algunos incondicionales suyos, entre ellos el propio Suárez, procurador por el tercio familiar, multiplicaron sus esfuerzos en los días anteriores para que el resultado de la votación fuera lo más amplio e incontestable posible. Sólo le negaron el voto un reducido grupo de falangistas y algún monárquico juanista. En total, 491 procuradores votaron a favor, por 19 en contra y nueve abstenciones.

Superado este trámite, el príncipe de España, que fue el título que ostentó a partir de entonces, se dispuso a afianzar su posición y su imagen ante la opinión pública nacional e internacional y a «hacer canteira», vertebrando un grupo de colaboradores que pudieran ayudarle en su día a consolidar una monarquía rejuvenecida. No era una labor que empezara de cero. Ya a mediados de aquella década consta su interés por relacionarse con políticos prometedores, que pudieran desempeñar un papel relevante en un futuro no muy lejano. José Miguel Ortí Bordás, nacido el mismo año que el Príncipe, relata en sus memorias una conversación que mantuvieron en la Zarzuela en 1967, en la que intercambiaron opiniones con toda naturalidad y, por parte de don

Juan Carlos, «con un compromiso generacional claro, hecho de paz, de convivencia y de reformas». Al acabar, le pidió que mantuvieran el contacto y que le pasara una lista de sus amigos políticos a Alfonso Armada «y los iré recibiendo poco a poco a todos». De momento, sin embargo, su perímetro generacional no traspasaba los límites de las distintas familias políticas del franquismo y de sus amigos personales, situados en el campo monárquico. Sus principales valedores dentro del régimen, como el almirante Luis Carrero Blanco y Laureano López Rodó, el más político de los ministros tecnócratas, tampoco favorecían el contacto de don Juan Carlos con grupos y personalidades extramuros del régimen. La apertura al exterior —es decir, a la oposición democrática y a la sociedad civil— tenía que ser cosa suya y más bien a espaldas de su círculo de protectores y consejeros de aquellos años.

El factor generacional determinaba en gran medida la propia concepción de la futura monarquía, que el Príncipe esbozó en unas sonadas declaraciones a *The New York Times* publicadas en febrero de 1970. La viabilidad de la institución dependía, a su juicio, de que adoptara *some form of democracy*. «Juan Carlos Looks to a Democratic Spain», fue el titular elegido por el periódico, para asombro y escándalo del régimen. El nuevo embajador de España en Washington, Jaime Argüelles, le reconoció al ministro de Asuntos Exteriores, Gregorio López-Bravo, que la entrevista le había causado «muy mal efecto». Incluso un hombre tan próximo al Príncipe como López Rodó se permitió leerle la cartilla poco después —«¡No juegue, Alteza! No hay más gobierno que el que hay»— para quitarle de la cabeza ensoñaciones políticas que le parecían simplemente irrealizables. El sector juancarlista del régimen descartaba, pues, una futura monarquía que no fuera la del 18 de julio. En el fondo, la posición de los monárquicos juanistas era igual de inflexible: la restauración sólo podía producirse legítimamente en la persona de don Juan, al menos mientras no renunciara a sus derechos. Este conflicto entre dos legitimismos enfrentados —el franquista y el dinástico— abría, sin embargo, una tercera vía representada por quienes creían, desde un cierto voluntarismo juvenil, en la posibilidad de una monarquía liberada de sus ataduras históricas con el franquismo, por un lado, y con el orden sucesorio, por otro.

UNA RED DE RELACIONES PERSONALES

Aparte de su mayor sintonía personal con la gente de su generación, don Juan Carlos debió de advertir entre los suyos un rasgo común marcado en parte por la edad: para los más jóvenes, el horizonte político del posfranquismo estaba mucho más abierto que para los más veteranos. Frente a la inquietud que provocaba en estos últimos el famoso «después de Franco, ¿qué?», la generación del Príncipe lo veía más bien como una oportunidad y en todo caso como una página en blanco cuyo contenido habría que escribir a su debido tiempo.

Es muy posible que el supuesto plan que Suárez le presentó al Príncipe en Segovia en 1969, al poco de conocerse, fuera menos detallado de lo que luego se dijo. La idea general era pasar sin trauma ni ruptura del franquismo a una monarquía verdaderamente representativa. Hay diferentes versiones, algunas muy fantasiosas, sobre el alcance de aquella «hoja de ruta», plasmada –ha llegado a decirse– en un documento de cuatro páginas, encuadrado entre cartulinas amarillas, o bien, según otras fuentes, en la servilleta de un restaurante segoviano en el que los dos amigos habían intercambiado impresiones sobre el futuro.⁴ Comoquiera que sea, todo indica que Adolfo Suárez barruntaba ya algo que, al menos a grandes rasgos, se parecía vagamente a lo que luego fue la Transición. Detrás de todo ello había un proyecto generacional identificado con la figura del Príncipe, según se desprende de alguna iniciativa que Suárez tomó por entonces y de sus escasas declaraciones públicas de aquella época. A principios de 1969, se empeñó en que su amigo Fernando Abril Martorell, ingeniero agrónomo y funcionario sin apenas significación política, fuera nombrado presidente de la Diputación de Segovia y así empezar a colaborar juntos en

4. Sobre la supuesta plasmación documental de la famosa «hoja de ruta», véase Abel Hernández, *Suárez y el Rey*, Madrid, Espasa, 2009, pp. 25-26; Luis Herrero, *Los que le llamábamos Adolfo*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007, p. 81; Juan Francisco Fuentes, *Adolfo Suárez. Biografía Política*, Barcelona, Planeta, 2011, pp. 76-78, y Eduardo Martín de Pozuelo, «Documentos desclasificados. El difícil comienzo de la Transición: El futuro en sólo cuatro folios», *La Vanguardia*, 16 de agosto de 2009. A pesar de lo que afirman algunos de estos autores, nadie ha visto ese supuesto documento, y es dudoso que, de haber existido, se conserve.

una aventura política todavía incierta. Que un régimen tan gerontocrático como el franquismo le concediera a Fernando Abril aquella responsabilidad a sus treinta y tres años indica el interés que Suárez puso en ello y su habilidad para moverse en determinados círculos de poder. Al tomar posesión de su cargo, el nuevo presidente de la Diputación se definió como un hombre parco en palabras, pero consciente de pertenecer a «una generación [...] que piensa que los objetivos se alcanzan por esfuerzos colectivos, de equipo», y lo que estaba en marcha en aquel momento era la creación de un grupo dispuesto a trabajar, como dijo Suárez al darle posesión del cargo, por «ese futuro esperanzador que social, política y económicamente se vislumbra ya en España». Así consignó sus palabras la prensa local aquel 27 de febrero de 1969.⁵

También el régimen era consciente de que la llegada de don Juan Carlos al trono cuando se produjera el llamado «hecho biológico» –la muerte del dictador– traería consigo un cambio generacional. Se trataba, sin embargo, de desactivar cualquier efecto político indeseable, más allá de un cierto rejuvenecimiento del escalafón oficial. De ahí la publicación en 1972 de un libro titulado *La generación del Príncipe*, prologado por alguien tan alejado del juancarlismo como Emilio Romero, que en fecha reciente se había manifestado partidario de una «monarquía republicana» (sic). El libro pretendía ser un gesto de acercamiento del sector *azul* del régimen hacia quien, fatalmente, asumiría la jefatura del Estado más pronto que tarde. Su contenido, compuesto de una treintena de entrevistas a miembros más o menos prometedores de la llamada generación del Príncipe, mostraba un sesgo entre oficialista y condescendiente –«pero ¿hay monárquicos en España?», se preguntaba uno de los entrevistados–, sin que faltara una suerte de nostalgia anticipada del Estado del 18 de julio, expresada por uno de los protagonistas del libro al exclamar ingenuamente, como pensando en voz alta, «qué bonito sería que en el año 2000 nuestros hijos también se consideraran hombres del 18 de julio de 1936».

Había sin duda una «generación del Príncipe», pero no era ésa, porque sus integrantes, aparte de su relativa juventud, debían compar-

5. «El gobernador civil ha dado posesión hoy al nuevo presidente de la Diputación Provincial, don Fernando Abril Martorell», *El Adelantado de Segovia*, 27 de febrero de 1969.

tir ciertos valores ligados al cambio político y a la superación, más que a la sacralización, del pasado. Adolfo Suárez cumplía con creces esos requisitos, además de servir con entusiasmo a la causa del Príncipe desde su nuevo puesto como director general de Televisión Española, desempeñando una función clave en la promoción de su imagen en un momento crucial. Se trataba no sólo de darle a conocer ante la opinión pública, sino de protegerle de maniobras políticas que podían revertir su nombramiento como sucesor. Su negativa a retransmitir la boda de la nieta de Franco, Carmen Martínez-Bordiú, con Alfonso de Borbón en 1972 muestra tanto su grado de compromiso con don Juan Carlos como el riesgo de que se produjera un replanteamiento de la cuestión sucesoria, alentado por personalidades muy influyentes del régimen y del propio entorno familiar del dictador. Suárez llegó a presentar su dimisión al ministro de Información y Turismo, Alfredo Sánchez Bella, partidario de complacer a las altas instancias, pero finalmente la intervención de Carrero permitió al director general salirse con la suya: no dar la boda, limitando así su efecto propagandístico, y seguir en el cargo.

Si en Segovia Suárez había trabado amistad con Fernando Abril Martorell, al que dejó políticamente encarrilado como presidente de la Diputación y procurador en Cortes, su paso por Televisión Española le permitió contar con la colaboración de Carmen Díez de Rivera, que se había presentado en su despacho de Prado del Rey a finales de 1969 con una recomendación de su amigo el príncipe de España. Carmen tenía entonces veintisiete años. Había cursado en Madrid estudios universitarios, que amplió en París y Oxford; hablaba idiomas y mostraba una vocación política inequívocamente antifranquista, como pone de manifiesto la pregunta que le espetó a Suárez al entrevistarse con él en su despacho y ver en la pared una foto de Franco: «¿Cómo alguien tan joven como usted puede ser fascista?». Venir recomendada por el Príncipe habría bastado seguramente para contratarla, pero aquel desparpajo acabó de convencer a Suárez, que la incorporó desde entonces a su equipo de jóvenes y entusiastas colaboradores. Carmen Díez de Rivera, «la musa de la Transición», como la llamó el escritor Francisco Umbral, sería también la principal representante femenina de la generación del Rey, desempeñando con el tiempo labores de enlace que resultaron fundamentales tanto entre la Zarzuela y la presidencia del Gobierno como entre la Corona y la izquierda.

Los contactos de don Juan Carlos con políticos y profesionales de su generación fueron continuos en los últimos años de la dictadura.⁶ Su actitud era receptiva, pero reservada. Parecía más interesado en obtener información que en dar pistas sobre sus propias intenciones, como cuando en junio de 1972 recibió a Miguel Herrero de Miñón (1940), joven letrado del Consejo de Estado que acababa de publicar su libro *El principio monárquico*. El futuro rey le pidió que le resumiera su contenido, de indudable interés para él por el poder transformador que el autor atribuía a la Corona, necesitada a su vez, en opinión de Herrero, de una legitimidad carismática que no podía venirle de una tradición periclitada ni de una aplicación continuista de las Leyes Fundamentales. El Príncipe le escuchó con interés resumir sus conclusiones y finalmente se guardó el libro sin soltar prenda, tal vez pensando en añadirlo al acervo de notas, esquemas y recomendaciones que le hacían llegar unos y otros sobre la viabilidad de una fórmula jurídica que permitiera pasar de una legalidad a otra, «de la ley a la ley», según la famosa expresión de Fernández-Miranda. Su deseo era llegar a reinar bajo «una monarquía a la danesa», tal como dijo por entonces en presencia de una docena de personas, entre ellas Juan Luis Cebrián, a la sazón joven redactor del periódico *Informaciones*. A esa panoplia de estudios y proyectos se sumaría muy pronto el libro coordinado por Jorge de Esteban, *Desarrollo político y Constitución española*. La obra, publicada en 1973, tenía algo también de empeño de una generación a la que el autor, nacido el mismo año que el Príncipe, pertenecía por derecho propio. Así se desprende del lenguaje constitucionalista que en ella se emplea, ajeno al universo conceptual del franquismo, y del voluntarismo jurídico que la inspira, capaz de considerar posible lo que unos y otros, franquistas y antifranquistas, consideraban lisa y llanamente imposible: el uso de los mecanismos oficiales para desmantelar la dictadura, y no para perpetuarla.

Mientras tanto, la red de contactos del Príncipe se iba ampliando con la ayuda de algunos amigos. Luis Solana Madariaga (1935), miembro de la Agrupación Socialista Universitaria (ASU) a finales de los cincuenta, le visitó en la Zarzuela acompañado de Jaime Carvajal y Urquijo,

6. Sobre los contactos mantenidos por el príncipe en aquellos años, véase Tom Burns Marañón, *Conversaciones sobre el Rey*, Barcelona, Plaza & Janés, 1995, pp. 200-203, 276-278 y 302-305.

compañero de don Juan Carlos en el colegio de Las Jarillas y de Solana en el Banco Urquijo, entidad que desempeñó un papel primordial en la creación de una masa crítica a favor de una reforma democrática. La de Luis Solana fue una visita discreta, pues la presencia en Palacio de un notorio antifranquista –había estado preso por su vinculación a la ASU– podía poner en guardia a los miembros más conservadores del entorno del Príncipe, como Alfonso Armada. Por otro lado, era conocida la militancia de Javier Solana, hermano de Luis, en el PSOE, por lo que aquellas entrevistas en la Zarzuela podían interpretarse como un primer contacto del futuro monarca con el partido fundado por Pablo Iglesias y, en efecto, no tardó en circular el rumor de que existían contactos entre las dos partes. Lo cierto es que, aunque las reuniones con el Príncipe lo fueron a título particular y que en ese momento Luis Solana ni siquiera militaba en el PSOE, su vinculación «al área socialista», según sus propias palabras, confería a aquellos encuentros un claro significado político.

Otros conocidos antifranquistas –Fernando Morán, Manuel Villar Arregui, José Pedro Pérez-Llorca, Jordi Pujol...– llegaron a la Zarzuela de la mano de José Joaquín Puig de la Bellacasa, diplomático destinado a la secretaría del Príncipe en marzo de 1974. Pero los primeros contactos con la dirección socialista no se produjeron directamente, sino a través de Nicolás Franco Pascual de Pobil (1937), sobrino del dictador y protagonista de una larga serie de conversaciones con dirigentes de la oposición, en vísperas de la muerte de Franco, que tuvieron lugar con conocimiento del Príncipe.⁷ Previamente, le había presentado una lista de líderes políticos a los que convendría sondear, que incluía a Felipe González y a Santiago Carrillo. Las entrevistas se celebraron, pues, con conocimiento de don Juan Carlos, que fue informado de su resultado. Con el joven líder socialista se reunió en París a mediados de 1975, y de lo tratado en aquella ocasión a Nicolás Franco le interesó especialmente que Felipe aspirara, según sus propias palabras, a ocupar el espacio socialdemócrata, cosa extraña en quien parecía abogar por un socialismo escorado a la izquierda. No cabía duda: Felipe era, según dedujo su interlocutor, «la baza a jugar», el político con más futuro entre los muchos que se disputaban entonces el liderazgo del socialismo español.

7. Testimonio de Nicolás Franco Pascual de Pobil a Tom Burns Marañón, *Conversaciones sobre el Rey*, op. cit., pp. 202-203.

Unos meses después, la muerte del dictador hacía urgente poner en marcha alguna forma de transición política que condujera a un cambio democrático sin traumas y al mismo tiempo a la consolidación de la Monarquía en un país que contaba con pocos monárquicos –«cuatro gatos», como le dijo Franco al general Alfredo Kindelán en los años cuarenta–. Había llegado la hora de plasmar en decisiones concretas el doble mensaje que, al decir de Luis Solana, don Juan Carlos venía transmitiendo a la oposición a través de esa red de contactos personales tejida en los años anteriores con gente de su generación: «Uno, yo quiero que este país alcance unas libertades equivalentes a las europeas, y dos, quiero llegar por un camino que no me haga romper lo que recibo».

LA TRANSICIÓN COMO PROYECTO GENERACIONAL

Algunos dirigentes del exilio habían tenido ya una visión anticipada de un cambio democrático que intuían muy distinto del que vivieron en 1931. «Muchos enemigos de ayer», escribió en los años cincuenta el socialista Luis Araquistáin, «nos estamos abrazando ya individualmente y no está lejos el día en que todos nos fundamos en un abrazo colectivo, más entrañable y duradero que el de Vergara». Ese día estaba más lejos de lo que él pensaba, pero es indudable que para un amplio sector de la vieja izquierda era necesario aprender de los errores pasados y encarar el futuro con una actitud muy distinta de la que mantuvo la izquierda en los años treinta. Esta moraleja histórica tenía también una dimensión generacional, como se desprende de las palabras escritas en 1956 por otro exiliado, el antiguo dirigente del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) Joaquín Maurín: «Probablemente, la nueva generación, nuestros hijos, conocerá una etapa histórica digna de ser vivida, a diferencia de la nuestra, que fue de caos y muerte».

La falta de sintonía política y generacional marcó la mala relación entre don Juan Carlos y Carlos Arias Navarro, el presidente del Gobierno heredado de Franco, que solía referirse al Rey como «ese chiquillo» y a quien un colaborador suyo de aquella época, el diplomático Antonio de Oyarzábal, califica de «visceralmente antimonárquico».⁸

8. Antonio de Oyarzábal, *Recuerdos políticos*, Madrid, 2005, p. 43 [original inédito, que debo a la gentileza del autor]. En esta misma obra y página figura la

La idea de sustituirle por un presidente más acorde con los planes del Monarca se abandonó enseguida ante la evidencia de que el Consejo del Reino, controlado por el franquismo más recalcitrante, nunca incluiría en la preceptiva terna presidencial a un candidato que mejorara a Carlos Arias. En vista de ello, Juan Carlos I decidió confirmarle en el cargo y, haciendo de la necesidad virtud, apuntarse dos bazas políticas de enorme trascendencia. En primer lugar, aprovechando el exceso de confianza de Arias, eufórico con su continuidad al frente del Ejecutivo, el Rey maniobró hábilmente para colocar en el nuevo Gobierno a políticos jóvenes, como Adolfo Suárez y Rodolfo Martín Villa, y a reformistas más veteranos, como Manuel Fraga, Alfonso Osorio y José María de Areilza, para impulsar una apertura política que condujera a una monarquía parlamentaria (sobre ello se vuelve en páginas posteriores). El nuevo Ejecutivo fue cualquier cosa menos un gobierno de Arias Navarro, que no tardó en ver traiciones por todas partes. En segundo lugar, don Juan Carlos nombró a su mentor, Torcuato Fernández-Miranda, presidente de las Cortes, cargo que llevaba aparejada la presidencia del Consejo del Reino, con las consecuencias que se verían unos meses después.

Aquel «desastre sin paliativos» que, en palabras del Monarca,⁹ fue la política de Carlos Arias sólo podía concluir con su cese en cuanto la ocasión permitiera el nombramiento de un presidente juan-carlista. A mediados de junio de 1976, el Rey tenía ya decidido que el sucesor fuera Adolfo Suárez, según el testimonio recogido por Carmen Díez de Rivera en su diario, al consignar el día 13 de aquel mes una reciente llamada de don Juan Carlos: «8.15 noche: me habla de la crisis. Suárez, candidato y me explica el cómo».¹⁰ El «cómo» –importantísimo– iba a depender de la pericia de Torcuato Fernández-Miranda para conseguir que el Consejo del Reino incluyera su nombre en la terna. Por lo pronto, el 1 de julio el Rey recibía en La

expresión «ese chiquillo» que Carlos Arias utilizaba para referirse a don Juan Carlos.

9. Palabras de don Juan Carlos recogidas en una entrevista realizada por el periodista Arnaud de Borchgrave y publicada en la revista *Newsweek* el 26 de abril de 1976.

10. Tomado del diario de Carmen Díez de Rivera (Ana Romero, *Historia de Carmen. Memorias de Carmen Díez de Rivera*, Barcelona, Planeta, 2002, p. 89).

Zarzuela a Carlos Arias, decidido ya a pedirle su dimisión. No hubo resistencia por su parte, y la escena resultó menos violenta de lo que se temía don Juan Carlos. Sin embargo, antes de despedirse Arias le hizo una «pregunta inoportuna», según contaría años después Adolfo Suárez, seguramente haciéndose eco del relato del propio Monarca. El presidente dimisionario debió de preguntarle quién sería su sucesor, y de ahí la respuesta del Rey: «Que sería una persona más cercana a su generación».¹¹

La designación de Adolfo Suárez respondía en gran medida a las claves generacionales del proceso iniciado tras la muerte de Franco y a la confianza personal del Rey en aquel joven político que le cautivó en 1969 con su optimismo y sus planes de futuro. Es mérito de don Juan Carlos, en todo caso, y un ejemplo de su liderazgo personal en aquella difícil encrucijada, haber asumido el riesgo de un nombramiento como aquél, de un político poco conocido y escasamente valorado al que, todavía unos meses antes, siendo ya ministro, Manuel Fraga se refería como «un tal Suárez». La noticia se hizo oficial en la tarde del 3 de julio de 1976 y la reacción fue la que cabía esperar. La prensa de todas las tendencias, la oposición, los círculos oficiales y los principales políticos del momento, desde los más inmovilistas hasta los más aperturistas, compartieron en mayor o menor medida la conclusión que dio título a un célebre artículo publicado por Ricardo de la Cierva –futuro ministro de Suárez– en el periódico *El País*: «¡Qué error, qué inmenso error!». Llama la atención por ello que fuera un periódico de izquierdas todavía clandestino, *El Socialista*, el que se mostrara más cauto sobre la personalidad del nuevo presidente y destacara en él cualidades que podían ayudarle en la difícil tarea que se le había encomendado, entre ellas pertenecer a una generación «que no fue protagonista de la Guerra Civil».¹² También

11. Testimonio de Adolfo Suárez en el seminario sobre la Transición española organizado por la Fundación Ortega y Gasset en Toledo en 1983. Cito por la transcripción manuscrita realizada por Juan Linz, presente en el acto. Agradezco a Rocío Terán, viuda de Linz, que pusiera a mi disposición una fotocopia de los 17 folios, no numerados, por las dos caras que contienen el testimonio de Suárez según la transcripción de Linz (en adelante, manuscrito Suárez/Linz).

12. «Crisis de gobierno. Ruptura de las instituciones», editorial de *El Socialista*, 10 de julio de 1976.

Fraga hizo en privado una valoración, en su caso muy negativa, del salto generacional que representaba el nombramiento de Suárez: para su propia carrera política, aquello equivalía a jubilarle diez años antes de tiempo.¹³

Muchos pensaron que aquel Gobierno era un paso en falso del Monarca y que Adolfo Suárez tendría muy difícil formar un equipo solvente y duradero, entre otras cosas, por la negativa de las principales figuras del reformismo oficial, como Fraga y Areilza, a participar en aquella aventura. En realidad, el vacío que se le hizo a Suárez desde ciertos sectores favoreció la intención del Rey de otorgar todo el protagonismo a una generación de políticos reformistas de distinta procedencia, con predominio de *azules* y sobre todo de *tácitos*, vinculados al Movimiento los primeros y a la democracia cristiana, los segundos. Fue un gobierno «de penenes», según la expresión atribuida a Francisco Fernández Ordóñez, en la que cabría ver una actitud condescendiente hacia aquellos meritorios de la política, pero también un reconocimiento de su entusiasmo juvenil y de la notable preparación de muchos de ellos, sin olvidar la sensación de precariedad en sus puestos que transmitían los nuevos ministros. Se diría que, como los jóvenes *penenes* de la Universidad española, entonces tan abundantes, los miembros de aquel Gobierno estaban obligados a demostrar sus méritos para consolidar su plaza. Empezaba así un tiempo de rigurosa meritocracia en la política española, y la Monarquía no iba a ser una excepción. Que se estaba produciendo además un relevo generacional lo indica el hecho de que, frente a una edad media de cincuenta y tres años del Gabinete presidido por Arias, la del primer Gobierno de Suárez bajó a los cuarenta y cinco años.¹⁴

13. Según el propio Suárez, «Manolo Fraga me dijo a los dos o tres meses [que con su nombramiento se le había] jubilado con diez años de anticipación», manuscrito Suárez/Linz. Su reacción en caliente fue mucho más dura: Eduardo Navarro le llamó por teléfono en nombre de Suárez para pedir su colaboración y se encontró con un Fraga, literalmente, «a cien». Estaba claro que «no se [podía] contar con él», en Eduardo Navarro, *Mis testimonios sobre Adolfo Suárez*, folio 59, manuscrito autógrafo sin fecha (c. 1995), cuya consulta debo a la generosidad de Jorge Trías Sagnier.

14. No se incluye en estos cálculos a los ministros militares –generales o almirantes– que, en razón de su profesión, difícilmente podían bajar de los sesenta años.